

REF.  
900  
On 58h  
V. 13

STC - 29-Sep-78.

D20

H5

V. 13

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FSRM

2604

# HISTORIA DE LA CUESTION DE ORIENTE

DESDE EL TRATADO DE PAZ DE PARIS HASTA EL TRATADO DE PAZ DE BERLIN

FOR EL

DR. FÉLIX BAMBERG

## CAPITULO PRIMERO

### SITUACION DE EUROPA ENFRENTA DE NAPOLEON III

Conexion de la marcha de la cuestion de Oriente con el establecimiento del segundo imperio en Francia. - Conducta de las potencias en vista del golpe de Estado y de la subida de un Napoleon al trono de Francia. - Las reservas de Nicolás I de Rusia. - Sus esfuerzos para organizar una coalicion contra Francia. - La mision del baron de Heeckeren en Berlin. - El despacho de Nesselrode relativo al número tres del nuevo emperador. - El aislamiento de Rusia en el asunto del reconocimiento. - Nicolás I no quiere tratar á Napoleon III de hermano. - Situacion de la dieta germánica respecto de estos sucesos. - Despacho memorable de Drouyn de Lhuys respecto del peligro á que se expone Rusia con su conducta.

La marcha de la cuestion de Oriente á principios de la segunda mitad de nuestro siglo está relacionada estrechamente con el establecimiento del segundo imperio en Francia; de suerte que el curso de los asuntos europeos de aquella época viene á ser la introduccion natural á este importante periodo de la historia contemporánea. La mayoría de los gobiernos de Europa consideraron el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 como un acto salvador para la Francia y como un dique opuesto al movimiento revolucionario general. A juicio de los distintos gobiernos, bien pesado todo, este acto era un beneficio, aunque no podia caber duda de que el restablecimiento del imperio seria la consecuencia inevitable del golpe de Estado. Lord Palmerston, ministro de Negocios extranjeros de Inglaterra, fué el hombre de Estado que mas prisa se dió á aprobar aquel suceso; y habiéndolo aprobado sin ponerse previamente de acuerdo con su soberana la reina Victoria, porque la creía favorable á los Orleans, obrando además contra el parecer de sus colegas de gabinete, fué destituido por la reina, no tanto por el reconocimiento del golpe de Estado como por haber infringido el ministro la prerogativa constitucional de la soberana. Lord John Russel, el nuevo ministro de Hacienda, no ocultó á su amigo que él habia aconsejado en este asunto á la reina. Lord Palmerston no tardó en tomar su desquite derribando el nuevo ministerio (1). En el nuevo gabinete

(1) Véanse las cartas y demás documentos importantes contenidos en la obra de Augusto Graven: *Lord Palmerston, sa correspondance in-*

entró como ministro de Negocios extranjeros lord Malmesbury, amigo personal de Napoleon, á quien habia conocido en Florencia, y á quien llegó á ser muy útil cuando se trató del reconocimiento del segundo imperio. El conde de Cavour esperaba para su país el apoyo de Napoleon, que tanto tiempo habia vivido en Italia; y previendo un gran movimiento europeo, trabajó activamente á favor del reconocimiento de la nueva forma de gobierno que la Francia se habia dado. El príncipe de Schwarzenberg, aunque convencidísimo del próximo restablecimiento del imperio, se declaró desde luego á favor del reconocimiento, y expuso en una memoria que lleva la fecha del 29 de diciembre de 1851 el plan motivado de un acuerdo entre las tres potencias del Norte, cuya política habia de seguir necesariamente tambien la confederacion germánica. Decía que la situacion habia cambiado tanto, que las potencias no debían atenerse á la letra, sino al espíritu del artículo 2.º del tratado de alianza entre Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia del 20 de noviembre de 1815, en cuyo artículo se obligaban las citadas potencias á la exclusion perpétua de Napoleon Bonaparte y su familia del gobierno de Francia. En su opinion, añadía el ministro austriaco, no podia tener á la verdad gran duracion la tranquilidad en un país en estado de revolucion permanente; pero por lo pronto y para el porvenir inmediato podia considerarse á Luis Napoleon como el mejor sostén del orden en Francia. Los Borbones para recuperar el trono tendrian que derribarlo todo y vaciar sobre la Francia «la caja de Pandora;» su inclinacion al sistema constitucional inspiraba temores para el porvenir, mientras los propósitos monárquicos de Luis Napoleon, fundamento de su poder, y la manera arbitraria con que los habia llevado á cabo, eran para Austria un motivo de confianza. Además era de suponer que Inglaterra prescindiría del tratado de 1815, y que los gabinetes de Viena, San Petersburgo y Berlin llegarían tarde para hacer valer

*time*, etc., Paris, 1878-1879, tomo II, cap. VII. Hállanse en esta obra los documentos publicados por H. L. Bulwer y Evelyn Ashley en su obra: *The life of H. J. Temple, Viscount Palmerston*. La carta de Palmerston á su hermano Guillermo, fechada en 22 de enero de 1852, es especialmente interesante, porque en ella atribuye su destitucion á la simpatía de la reina Victoria por la restauracion de los Orleans. No menos interesante es la memoria de Palmerston sobre el golpe de Estado, que lleva la fecha del 29 de octubre de 1858.

aquel tratado contra el restablecimiento de la dignidad imperial, pues que Luis Napoleón tenía ya en sus manos el poder supremo, del cual le había excluido aquel tratado; y si las potencias hubiesen querido mantenerlo en vigor habrían debido protestar contra la usurpación de Luis Napoleón y no haberle reconocido como presidente. «El nuevo emperador, continúa diciendo el ministro en su memoria, deberá dar á las potencias, antes de ser reconocido por ellas, seguridades terminantes de que al tomar la dignidad de su tío no seguirá su política belicosa y extravagante; de estas seguridades deben tomar acta los soberanos aliados, y hecho esto pueden manifestarse dispuestos á mantener relaciones amistosas con Luis Napoleón, emperador de los franceses, haciéndole saber al propio tiempo que mas que nunca los encontrará unidos y decididos á rechazar todo ataque y toda violación del *statu quo* establecido por los convenios.»

Los sucesos posteriores demostraron la ninguna sagacidad de la política austriaca, la cual al robustecer incondicionalmente un poder y al hacerle saber al mismo tiempo que frente á él se constituía una coalición permanente, había de excitar á este poder, aunque no hubiese estado personificado en un Napoleón, á destruir ante todo esta coalición; y así sucedió en efecto.

La actitud de Rusia no presentaba estas contradicciones; continuó en su papel de jefe y de absolutista. El emperador Nicolás no podía aprobar la memoria del príncipe de Schwarzenberg que sacrificaba á los Borbones; y aunque, contra la opinión de su canciller, no atribuía á Napoleón propósitos belicosos, manifestó en 10 de enero de 1852 al embajador francés, el general Castelbajac, que era contrario á la adopción de la dignidad imperial por Napoleón; pero á fin de no tener que renunciar á las ventajas de las relaciones amistosas con Francia ni á su culto ciego á los principios legitimistas, propuso al embajador que Napoleón se ciñera la corona imperial, si otra salida no había, solo para diez años. El embajador prometió no solamente comunicar este consejo singular á Napoleón, sino también presentar al emperador Nicolás la carta en que lo hiciera antes de enviarla á París.

Pero el emperador Nicolás, consecuente en teoría, no lo era tanto en sus actos, porque por un lado su convicción sincera de que Napoleón había prestado un servicio inestimable á la causa del orden, por otro una especie de caballerosidad propia de Nicolás, y finalmente el deseo de no enemistarse aisladamente con un potentado como Napoleón, le impulsaron á escribirle en 22 de enero de 1852, es decir, tres días después de su conversación con el embajador, una carta en la cual prodigaba á Napoleón alabanzas que éste podía fácilmente interpretar de una manera muy equivocada. Decía esta carta entre otras cosas: «Al dedicaros á esta misión (la de cerrar la era de la revolución en Francia) sin reparar en el sacrificio personal, con la perseverancia que exigen las grandes empresas y con aquel desinterés que es instintivo en corazones generosos como el vuestro, adquirireis derechos imperecederos á la gratitud y admiración de los contemporáneos.» «¿Cómo podía Napoleón, armado de semejante aprobación laudatoria, someterse voluntariamente á las cortapisas que el czar quería imponerle? ¿No había de creerse por el contrario con derecho á exigir en recompensa de los méritos que le reconocían, el reconocimiento incondicional? El emperador de Rusia hizo defender sus reservas no solamente por su embajador en París el señor de Kisseleff, sino también por el príncipe de Labenski, á quien había enviado con esta misión á la capital de Francia; mas sin sospecharlo solo dió lugar con todos estos pasos á una aproximación de Inglaterra á Francia, cuando á consecuencia de la subida del ministerio tory había creído que podría atraer

á Inglaterra á la coalición contra Francia y restablecer así la cuádruple alianza de Chaumont (1). Los hombres de Estado ingleses habían comprendido que si bien la Rusia podía vivir en buena inteligencia y aun llegar á una alianza con Napoleón presidente vitalicio, el emperador Nicolás jamás podría tener relaciones amistosas con Napoleón emperador. Por lo demás, la aproximación entre Inglaterra y el nuevo dueño de Francia no impedía que se tomaran contra ésta todas las precauciones que pedía la opinión pública, precauciones que se tradujeron en fortificaciones marítimas y en la organización de milicias.

En mayo de 1852 pasó Nicolás I á Viena y á Berlín; y tan grande era entonces su influencia que los tres soberanos convinieron en hacer redactar por sus ministros de Negocios extranjeros un protocolo secreto que fijara varios principios generales y que debía ser presentado á su tiempo en París. Convinieron en no considerar la aceptación de la dignidad imperial ni como caso de guerra ni como motivo de ruptura de las relaciones diplomáticas; acordaron que en atención á los servicios prestados por Napoleón á la causa del orden, le reconocerían como emperador, pero tomarían antes disposiciones para conservar la paz y las fronteras fijadas en 1815. Al propio tiempo dispusieron los tres soberanos declarar que su reconocimiento de la dignidad imperial sería excepcional y se entendería solo á favor de Napoleón personalmente; de suerte que esta excepción no invalidaría la exclusión pronunciada contra los Bonapartes en 1814 y 1815, y en caso de que el nuevo potentado designara un sucesor, se le notificaría que el reconocimiento de las tres cortes no se aplicaba al sucesor, y que los tres monarcas se reservaban el derecho de adoptar resoluciones ulteriores (2). Para la Rusia, separada de Francia por grandes Estados, era posible conservar en condiciones semejantes relaciones amistosas con Napoleón; pero no se comprende cómo podían creerlas posibles la vecina Prusia y el Austria, tan vulnerable particularmente en Italia.

Napoleón aprovechó la estancia del emperador de Rusia en Berlín para enviar á esta capital al barón de Heeckeren, uno de los senadores franceses recientemente nombrados, á quien había dado una triste celebridad su desafío en Rusia con el poeta ruso Puschkin, á fin de dar al czar seguridades de paz y solicitar su reconocimiento sin reservas. Nicolás I se mostró muy benévolo respecto de la persona de Napoleón, pero aconsejó como antes que renunciara á la dignidad imperial, y respecto de hacerla hereditaria, no quiso siquiera hablar de ello con el enviado. La diplomacia rusa opina hoy que si Nicolás I hubiese dado entonces la mano á Napoleón, éste habría entrado en una alianza con Rusia. Los principios autocráticos de Nicolás I parecían entonces mas absolutos que nunca, como si los hubiese robustecido un presentimiento secreto de que este Napoleón había de ser su enemigo y había de hacer la guerra á los fautores de la Santa Alianza, uno tras otro, después de haber introducido entre ellos la desunión. Ya no se contentó Napoleón con la dignidad imperial hereditaria; quiso ser titulado el tercero de su stirpe, y dijo en su mensaje al senado expresamente que la Francia levantaba en su persona lo que la Europa había derribado en 1815, tomando así un desquite pacífico. A los ojos de Rusia esto equivalía á una anulación de los tratados de 1814 y 1815, después de la cual podía Napoleón creerse autorizado para todo; y en este sentido el gobierno ruso envió un memorandum, mientras el empera-

(1) Véase el *Etude diplomatique sur la guerre de Crimée, par un ancien diplomate*, San Petersburgo, 1878, tomo I, pág. 85; se atribuye esta obra al barón de Jomini.

(2) *Etude diplomatique*, tomo I, pág. 90.

dor escribió á Napoleón directamente avisándole del peligro á que se exponía. Su canciller remitió en noviembre un despacho confidencial al conde de Kisseleff (1). En este documento notable expone el canciller su contestación al embajador francés cuando éste le había comunicado las explicaciones tranquilizadoras respecto del título dinástico de «tercero» que el senado había dado á Napoleón. Dice el canciller en este despacho, suavizando la anterior actitud absoluta, que Rusia ni tenía el derecho ni la pretensión de indicar á la nación francesa cuál forma de gobierno convenía á sus intereses. Mas la cuestión dinástica y la designación de «tercero» eran cosas muy distintas, que se relacionaban con hechos, actos, compromisos, obligaciones y todo un conjunto de relaciones internacionales; hechos ante los cuales la Europa no había permanecido ni podía mostrarse indiferente. La Europa tenía parte en la historia de los últimos 38 años. Queríase presentar como prueba de que no se trataba de una restauración de la legitimidad imperial el hecho de que el futuro emperador se llamaría el tercero y no el quinto, contando como predecesores suyos á José y Luis (su padre), y que el hijo no debía contar su reinado desde la muerte de su progenitor; pero la designación de *tercero* era mas que suficiente para tergiversar las tradiciones dinásticas, y era contraria tanto como la adopción del número *quinto* á la historia y al pasado de Europa. «Se nos contesta que Napoleón II reinó de hecho y de derecho, que fué proclamado por las cámaras y que en su nombre se realizaron actos de gobierno; mas esto, que tendrá valor para Francia, no lo tiene para Europa; para ésta, Napoleón I cesó de reinar en 1814, y mal podía abdicar en 1815 á favor de su hijo ausente, el cual, por tanto, no reinó ni de hecho ni de derecho para el resto del mundo (fuera de Francia). Ahora, al cabo de 38 años, durante los cuales este modo de ver ha sido confirmado por hechos positivos y por compromisos firmados por la misma Francia, quiérase colocar de golpe á la Francia y á la Europa en el terreno opuesto. Mas franco ha sido el mensaje del presidente al senado, porque habla sin embozo de desquite del año 1815.»

La diplomacia rusa contaba todavía á la sazón con la adhesión completa de Prusia y Austria, pues que el conde de Nesselrode dice en el mismo despacho (noviembre de 1852): «Si este gobierno (el francés) queda aislado, será porque lo habrá querido.» Añadía «que convenía no exagerar los méritos de Napoleón por la causa del orden, méritos reconocidos desde un principio por la Rusia, y no pedir un precio demasiado elevado por el servicio que había prestado á los demás Estados al trabajar á favor de su propia causa. Cuando Francia estaba todavía bregando con su constitución imposible, habían acabado ya los demás gobiernos con la facción democrática.»

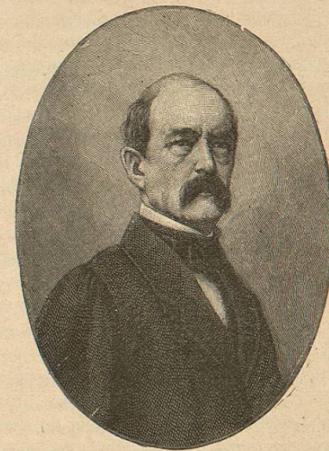
Sin embargo, el canciller ruso, como obedeciendo á un vago sentimiento de inseguridad, prefirió dar á este despacho solo el carácter de oficioso, apoyándose para esto en el carácter también oficioso de las comunicaciones del embajador francés.

La conformidad de Prusia y Austria con las ideas de Rusia causó tal impresión en París, que Napoleón, en su discurso de apertura del cuerpo legislativo, declaró, como se ha dicho, que derivaba su gobierno no del derecho de sucesión, sino del sufragio universal, y que reconocía los hechos históricos que habían ocurrido desde la caída del primer imperio. Rusia podía haberse contentado en rigor con esta

(1) Este despacho se encuentra entre otros documentos importantes en la obra de F. H. Geffcken: *Der Staatsstreich*, diciembre de 1851, Leipzig, 1870.

declaración; pero el título de «tercero» hería todavía la susceptibilidad legitimista del emperador Nicolás; y cuando Napoleón le comunicó su subida al trono, se decidió en el gabinete de San Petersburgo que se reconociera al nuevo emperador bajo la condición de que sería reconocido y respetado el arreglo territorial existente de Europa. Respecto de la cuestión dinástica pasada y venidera, Rusia continuaba manteniendo sus reservas.

Caracteriza la situación política general de Europa en aquella época crítica el hecho de que entonces empezó ya el aislamiento de Rusia. Verdad es que en 3 de diciembre del año 1852 habían firmado en Londres los representantes de Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia un memorandum secreto y confidencial en el cual las potencias firmantes acordaron reconocer á Napoleón como emperador de los franceses des-



Bismarck-Schonhausen, presidente de la dieta germánica

pues de tomar acta de sus seguridades espontáneas de paz; pero este documento expresaba justamente lo contrario de lo que Nicolás I había querido (2).

El reconocimiento de Napoleón como emperador requería el tratamiento acostumbrado de: *Monsieur mon frère* (mi señor hermano), y Nicolás I solo quería usar el tratamiento de *cher ami* (querido amigo). Austria había dejado á Rusia la elección del tratamiento opinando al propio tiempo que debía concordar con la cualidad de elegido del pueblo; pero aquel gabinete modificó su opinión adoptando la de Federico Guillermo IV, que creyó no poder negar á Luis Napoleón el tratamiento de: *Monsieur mon frère*, cuando su padre Federico Guillermo III había tratado así á Luis Felipe. El gabinete de San Petersburgo supo esto cuando ya había salido para París la carta en que el emperador de Rusia reconocía á Napoleón y le trataba de *cher ami*; mas el emperador no ordenó modificarla, y dijo con laudable consecuencia que los otros gobiernos, esperando quizás ventajas particulares, podían proceder como mejor les pareciera y cargar también con la responsabilidad de un porvenir del todo incierto.

Es completamente equivocada la aserción posterior de Rusia de que Prusia y Austria habían obrado de la manera que lo hicieron por temor de no ver admitidas sus cartas credenciales por incorrectas si no hubiesen dado á Napoleón el tratamiento de costumbre. Esta resolución, después de haber reservado cuanto era posible reservar, era dictada por

(2) Véase este documento en la ya citada obra de Geffcken.

la simple prudencia política y también por el deseo de no dejarse llevar siempre á remolque de la Rusia.

Al tratarse del reconocimiento del emperador de los franceses en la confederación alemana, se manifestó como siempre la ninguna homogeneidad de esta colectividad. Los Estados medianos se quejaron de no haber sido admitidos á tratar del reconocimiento general; el ducado de Nassau y la ciudad libre de Francfort se apresuraron á reconocer al nuevo imperio apenas se les anunció su proclamación. El señor de Bismarck-Schonhausen, que presidía entonces la dieta, escribió con su sagacidad política penetrante al presidente del ministerio prusiano, Manteuffel: «Ambos actos patentizan al parecer la flojedad del lazo que tiene reunidos en época de peligros á estos Estados pequeños; y si bien la conducta de Inglaterra ha demostrado que los gabinetes europeos no procederían de acuerdo en todos los casos importantes respecto del nuevo imperio, la conducta de Nassau y de Francfort prueba un desconocimiento lamentable de su posición política y de sus deberes como miembros de la confederación germánica. Ambos Estados, obrando con tan grande sigilo, han demostrado que conocían lo inconveniente de su proceder (1).» En 17 de diciembre escribió Bismarck que había dicho al señor de Wendland, embajador de Baviera en París, al visitarle éste en Francfort, que aun suponiendo que no existiesen dificultades, no le parecía digna ni en concepto de mera forma una modificación precipitada de los tratados de Viena, sancionados por toda la Europa con una solemnidad enteramente especial; y como esta precipitación podía atribuirse á temor, daría lugar á nuevas y mayores exigencias. Esta observación era tan acertada que el embajador francés en Francfort, el marqués de Tallenay, convino en que semejante precipitación animaría á una parte de la opinión pública á impulsar á mayores exigencias al partido de la paz, al cual pertenecía, según él, el jefe del Estado (2).

También es característico de aquella situación que el entonces nombrado embajador austriaco cerca de la Dieta, Prokesch-Osten, dijera á su colega prusiano en 1.º de febrero de 1853, apoyándose en la autoridad del príncipe de Metternich, que en ningún tiempo se había presentado el porvenir de Europa tan amenazador como entonces, porque en su opinión, si el emperador fuese derribado, serían los rojos el único partido preparado y consolidado para sucederle, y si Napoleón se consolidase en su posición, se ensorbercería, según él le juzgaba, conociéndole personalmente, y la nueva emperatriz, en lugar de enfrenar su soberbia, la excitaría más (3). Esta era una profecía muy repetida por el amigo paternal del duque de Reichstadt, cuya entronización había esperado ver realizada (4).

Este período que los sucesos posteriores hicieron doblemente interesante fué cerrado con un despacho notable que el ministro de Negocios extranjeros del gabinete francés, Drouyn de Lhuys, dirigió á principios del año 1853 al general Castelbajac (5), y en el cual decía que los representantes de las potencias del Norte habían presentado las cartas de sus respectivos soberanos que les acreditaban cerca del gobierno francés; que estas cartas eran enteramente correctas,

(1) Carta particular al caballero Manteuffel, sobre la cuestión del nuevo imperio francés; lleva la fecha del 12 de diciembre de 1852 y se encuentra en la obra de Poschinger: *Preussen im Bundestag*, Leipzig, 1882, págs. 165 y 166.

(2) Véase la carta particular de Bismarck á Manteuffel.

(3) Carta particular á Manteuffel, en la obra de Poschinger, tomo I, págs. 189 y 190. La carta es del 2 de febrero de 1853.

(4) *Mes relations avec le Duc de Reichstadt, par le comte de Prokesch-Osten*. París, 1878.

(5) *Les quatre ministères de monsieur Drouyn de Lhuys, par le comte Bernard d'Harcourt*. París, 1882, págs. 64 á 71.

pero que la de Rusia había dado lugar á explicaciones, pero que si bien estaba redactada en los términos más propios y benévols, no daba al emperador el tratamiento de hermano que entre testas coronadas era costumbre. El Sr. de Kisseleff se había apresurado á explicar esta diferencia asegurando que no tenía otro fundamento sino la diferencia de principios que á los dos gobiernos servían de base, viniendo á ser todo en el fondo «una cuestión arqueológica» que se refería al origen de la soberanía rusa, cuya constitución prohibía considerar como hermanos á soberanos cuyo origen se fundaba en otros principios, como el de la voluntad nacional. Según el Sr. Kisseleff no podía encontrarse nada de ofensivo ni de malévolo en un acto que solo era efecto de un respeto obstinado á tradiciones históricas. El gobierno ruso no pedía del francés más de lo que él daba, y admitiría sin reserva de los representantes franceses credenciales redactadas en la misma forma y en los términos empleados por la cancillería de San Petersburgo; de suerte que los tratamientos entre las dos cortes tendrían por base la mutualidad, y si el emperador de Rusia no podía tratar de hermano al de Francia, le había expresado en la carta credencial en otros términos sus sentimientos afectuosos, que ya le había manifestado mucho antes, en apoyo de lo cual había citado el representante ruso todas las ocasiones en las cuales el emperador Nicolás se había complacido en dar al emperador de los franceses pruebas de su consideración y amistad cordial. A esto había añadido el embajador ruso que su soberano había manifestado de nuevo su modo de pensar en una carta confidencial que recientemente había hecho entregar por medio del embajador al emperador, con orden al embajador de pasar inmediatamente á París para asistir á la inauguración del imperio. «He observado al Sr. de Kisseleff, continúa diciendo Drouyn de Lhuys en este despacho, los peligros del sistema expuesto por él, y tan opuesto á la regla admitida y á las tradiciones de su propio gobierno; usted formula, le he dicho, distinciones entre las soberanías. Estas distinciones no existen para nosotros, y quererlas introducir equivale á querer arreglar las relaciones internacionales conforme al derecho público particular de un Estado, es decir, á reemplazar el derecho internacional, creado para la seguridad de todas las potencias, con el derecho público creado para el gobierno interior de una potencia en particular. Esto puede llevar la confusión á las ideas y el desorden á las relaciones internacionales. ¿Qué se hace obrando así? Se hace propaganda. Pues bien, la propaganda es peligrosa para todo el mundo, y la experiencia enseña que debe evitarse. La Francia quiso en 1792 poner fuera de la ley á los Estados que no querían adoptar sus principios particulares. ¿Querrá hacer hoy la Rusia otra propaganda? Antes de entrar en esta senda es preciso examinar adónde conduce. Si Rusia quiere hacer propaganda á favor de ciertos principios, retará á otros Estados á hacerla á favor de principios opuestos. ¿Qué resultará si los gobiernos nacidos de la voluntad nacional se ponen á luchar con los gobiernos que tienen otro origen, para encumbrar sus principios? Usted dice que no pide del emperador de los franceses más de lo que el soberano de usted da á éste, y usted llama á esto mutualidad; pero este es un error manifiesto, porque, ¿en qué consiste la mutualidad? En la concordancia de las partes; y cuando esta concordancia no existe, quedan por una parte un acto individual y por la otra las represalias; entonces ya no rige la ley de mutualidad, sino la del talion. Pues bien, las represalias y la ley del talion no son leyes que conviene seguir cuando se tiene el propósito serio de vivir en buena armonía y mantener relaciones amistosas. La ley que rige en el caso presente es la del uso, y el uso quiere que los soberanos se

traten como hermanos. ¿Quiénes son ahora los intérpretes naturales de las tradiciones? Las cortes más antiguas de Europa. Permítame usted que le diga que la corte de San Petersburgo es todavía muy joven para poder ser en esta cuestión una autoridad decisiva. Esta observación no puede ofenderle á usted, porque es una prueba de que la dinastía de su soberano ha sabido realizar en poco tiempo cosas grandes; pero si las casas de Borbon, de Austria y de Sajonia reciben voluntariamente como hermano al soberano de Francia, ¿cómo puede tener la Rusia escrúpulos y suscitar «cuestiones paleográficas?» Ella es la única de todas las potencias europeas que se coloca fuera de la regla. Se aísla cuando todos los gobiernos se unen para robustecer el lazo de la buena inteligencia que los tiene unidos. Hace poco, al tratarse de la designación de *tercero* que ha adoptado el emperador, el soberano de Rusia no podía ver sin repugnancia, por respeto á la memoria de su hermano, que se condenaran y anularan actos en los cuales tuvo participación este monarca en otra época; ¿por qué, pues, la autoridad del emperador Alejandro no merece en la cuestión que nos ocupa igual respeto á su sucesor? ¿No trató el emperador Alejandro de hermano á Napoleón I, que debió su corona á su mérito personal y á la voluntad del pueblo? ¿Por qué el emperador Nicolás, que tan fiel se mantiene á recuerdos que para nosotros son amargos, no quiere acordarse de tradiciones que nos son agradables? ¿Es quizás porque Napoleón I unió á los tres millones de votos del pueblo la magia de muchas victorias? Hacer semejante distinción no sería ni justo ni prudente.»

Este despacho, que destinado solo al embajador francés para su gobierno, tiene principalmente valor histórico, dice al final que Napoleón III había decidido no cuidarse más de la irregularidad de las cartas credenciales. Esta cuestión puede ser considerada como el preludio del gran drama que le siguió, que ha tenido ocupado al mundo durante muchos años y cuyas consecuencias no pueden calcularse todavía hoy.

## CAPITULO II

### LOS PROTECTORADOS DE FRANCIA Y RUSIA EN ORIENTE Y LA CUESTION DE LOS SANTOS LUGARES

Luis Napoleón se ve en el caso de realizar su primer acto notable de gobierno en un asunto antiquísimo de la monarquía francesa. — Relaciones antiguas de Francia con el Oriente y con Turquía. — Francisco I y Soliman. — Las capitulaciones. — Posición distinguida de Francia en Oriente como protectora de intereses religiosos, nacionales y mercantiles. — Abuso de la idea del protectorado y lo que son las Capitulaciones. — La población de Jerusalén. — Estado y número de santuarios á mediados del siglo XIX. — Los católicos, los griegos ortodoxos y otras comunidades religiosas en el Oriente. — El tratado de amistad y de comercio del año 1535. — Historia de las capitulaciones durante tres siglos. — Las embajadas francesas bajo la monarquía antigua. — D'Arvioux y Nointel precursores de Menschikoff. — Las capitulaciones generales de 1740. — Los títulos y fundamento del derecho de los ortodoxos. — El tratado de Kuchuk-Kainardji y el derecho del protectorado que Rusia funda en este tratado. — Adquisición de santuarios católicos por los griegos. — Estadística de la iglesia ortodoxa en Rusia y Turquía. — El patriarcado griego y el católico. — Las pretensiones francesas durante la primera revolución y bajo el reinado de Luis XVIII. — La monarquía de julio y la cuestión maronita del Líbano. — La monarquía de julio se ve obligada á dirigir la contienda por los Santos Lugares. — Pio IX restablece en Jerusalén el patriarcado católico. — Sus esfuerzos para acabar con el cisma en Oriente. — Eugenio Boré y su lucha contra las extralimitaciones de los ortodoxos. — Polémicas griegas y turcas. — El general Aupik lleva el asunto por encargo del gobierno francés á Constantinopla. — El gobierno de Austria toma también parte en la contienda á favor de los derechos católicos. — La comisión mixta nombrada por el gobierno turco decide en favor de los católicos. — Carta del emperador Nicolás al sultan pidiendo la conservación del *statu quo*. — Nombramiento de

la comisión de ulemas, que decide á favor de los ortodoxos. — Condescendencia del gobierno francés y aumento de las pretensiones rusas.

Quiso la suerte que el primer acto político importante del segundo imperio no tuviese por móvil un plan napoleónico, sino uno de los asuntos más antiguos de la política francesa: la protección de los Santos Lugares en Oriente. Las relaciones de los países católicos con el Oriente mahometano arrancan desde una época muy remota de la Edad media; pero solo desde la fundación del imperio turco empiezan á ser seguidas las relaciones entre Europa y el Oriente mahometano. Por lo pronto se siguieron por parte de Francisco I de Francia, el cual, como se sabe, solicitó el auxilio de Soliman el Grande contra el emperador Carlos V (1), y obtuvo, tratándose de intereses mutuos, ciertos privilegios relativos á la seguridad del comercio y de los peregrinos. Estos privilegios recibieron el nombre de «capitulaciones» y han sido la base del protectorado ejercido por la Francia sobre los comerciantes, viajeros y monjes (europeos) durante su estancia en Oriente. De suerte que la protección que Francia, con gran beneficio propio, pudo conceder á los cristianos en Oriente tiene por origen una alianza que nada tenía de cristiana; lo que nada quita á su importancia histórica y á la gran influencia que tuvo en la marcha de la civilización. Con razón se ha dicho que la reunión de los documentos referentes á las relaciones seculares de Francia con el imperio turco ha hecho descubrir un Levante francés (2). Gracias á las capitulaciones pudo la Francia amparar bajo su pabellón, conforme á su artículo 32 del tratado de 1740, hasta buques de naciones amigas suyas y enemigas del imperio turco, y que de consiguiente no tenían representantes oficiales en el imperio otomano. La influencia de Francia sobrepujó á la de Venecia, y sus embajadores y cónsules tenían la preeminencia sobre los de otras potencias en Turquía (3); pero también tuvo el gobierno francés gran cuidado de no dejar pasar aventureros al imperio turco, exigiendo antes de conceder el pase buenos certificados y una garantía en dinero que los solicitantes debían depositar en la cámara de comercio de

(1) La primera súplica de auxilio fué dirigida á Soliman por la regente Luisa de Saboya cuando Francisco I estaba prisionero; pero el encargado de esta misión fué asesinado con todo su acompañamiento en Bosnia. A fines del año 1525 el conde Juan Frangipani presentó al sultan una carta de Francisco I en que éste proponía á aquél una alianza contra Carlos V. La contestación del sultan, escrita á mediados de febrero de 1526, dice que Frangipani explicará al rey verbalmente la opinión del sultan para evitar al parecer el extravío de todo documento escrito. La respuesta del rey, escrita en latín, ha sido publicada por Champollion-Figeac en su obra sobre la prisión de Francisco I; pero no fué enviada á su destino, según opinan Charriere, de cuya obra hablaremos luego, y Zinkeisen. En esta carta del rey se dice: «Hemos sentido un vivísimo placer al ver la extraordinaria magnanimidad de tu corazón que te ha inducido á prometernos en nuestra situación tan afflictiva tu auxilio y el apoyo de todas tus fuerzas.» El baron de Teste dice en su *Recueil des traités de la Porte Ottomane*, París, 1864, tomo I, pág. 6, que según sus investigaciones, no fué escrita esta carta de Francisco I, como se cree, en Bayona, sino en París, en el mes de abril de 1526, y confirma de todos modos, aun dado caso de que no hubiese sido enviada á su destino, las promesas dadas por el sultan á Frangipani. La colección de Teste da por lo demás noticias interesantísimas sobre esta alianza.

(2) *Négociations de la France dans le Levant, ou Correspondances, Mémoires et Actes diplomatiques des Ambassadeurs de France à Constantinople et des Ambassadeurs, envoyés ou résidents à divers titres à Venise, Raguse, Rome, Malte et Jerusalem, en Turquie, Perse, Géorgie, Crimée, Syrie, Egypte, etc., et dans les Etats de Tunis, d'Alger et de Maroc, publiés pour la première fois par E. Charriere*, París, *Imprimerie Nationale & Imprimerie Impériale*, 1848-1860, 4 tomos, introducción, pág. LXIII. Es esta una de las obras más importantes sobre las relaciones francesas con el Oriente.

(3) Art. 17 de las *Capitulaciones generales de 1740*.